

# El histórico viaje de Lapérouse

(Lo que significó esta hazaña para la ciencia  
y la cultura)

GUIDO DONOSO NUÑEZ\*

Identificamos el siglo XVIII con la Ilustración, la edad de la Razón, el siglo de las Luces. Es la etapa del “*¡Sapere aude!*” de Kant; el fin de la “minoría de edad”<sup>1</sup>.

Las ciencias avanzan firmemente por los caminos abiertos en el siglo anterior.

“Desde la Tierra hasta Saturno —escribe d’Alembert—, desde la historia del cielo hasta la de los insectos, la ciencia de la naturaleza ha cambiado su rostro, y con ella todas las demás ciencias han adquirido una nueva forma (...)"<sup>2</sup>.

El siglo XVIII exalta la ciencia. Su desarrollo y perfeccionamiento —también el de las técnicas— llega a juzgarse requisito *sine qua non* para lograr el anhelado advenimiento de las “luces” liberadoras y la emancipación no lejana de los hombres y las naciones. A esta nueva disposición de espíritu corresponde la *Encyclopédie*, las Academias de Ciencias, la proclividad de las

\*Profesor de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Concepción. Doctor en Historia por la Universidad de Madrid.

<sup>1</sup>Kant: *¿Qué es la Ilustración?*, en *Filosofía de la historia*, Ed. Nova, B. Aires, 1958, pág. 57.

<sup>2</sup>d’Alembert: *Éléments de Philosophie I*; en *Mélanges de Littérature, d’Histoire et de Philosophie*, Amsterdam, 1758.

clases cultas hacia el conocimiento científico. Logros espectaculares se suceden uno tras otro. Son los que la historia asocia a los nombres ilustres de los matemáticos Euler y d'Alembert, a los astrónomos Herschel y Laplace, al físico Volta, a los químicos Lavoisier y Priestley, al botánico Linneo, al naturalista Buffon.

Agreguemos la geografía. Muchos frecuentemente la olvidan, deslumbrados, tal vez, por los avances de las demás ciencias. Sus progresos, sin embargo —debido sobre todo a los grandes viajes de exploración— no son menos considerables, ni de menor relevancia para la humanidad.

En 1700, las comarcas ignoradas por los europeos eran vastísimas: casi todo el inmenso océano Pacífico, los mares polares, el interior del África, el norte y nordeste del continente asiático, muy amplios sectores de la América septentrional y meridional.

Hacia las postrimerías de la centuria este panorama cambia substancialmente, y ello producto de las esforzadas y arduas expediciones marítimas que se realizan a lo largo del XVIII.

Cabe preguntarse ¿qué razones pueden explicar estos éxitos? En primer término, las nuevas técnicas aplicadas en la construcción naval. Los buques comienzan a construirse a base de planos y cálculos. Así se va a poder disponer de barcos más veloces, más resistentes, y de mayor capacidad de maniobra.

Por otro lado, el arte de navegar lleva a cabo progresos fundamentales. El octante y posteriormente el sextante (1731) determinaron un avance decisivo en el cálculo de las latitudes, que ahora pudo efectuarse con una exactitud muchísimo mayor. Finalmente, logró resolverse, también, el problema de la determinación de la longitud, fuente de graves errores para los marinos de la época. En efecto, la invención del cronómetro, hacia 1760 —fruto del ingenio, paciencia y tenacidad del artesano inglés Harrison—, permitió superar esa compleja dificultad.

Las mismas expediciones marítimas adquirieron nueva fisonomía, pues se preparaban y proyectaban cada vez más científicamente. Zarpaban —al menos en la segunda mitad del siglo— dotadas de equipos de hombres de ciencia —astrónomos, médicos, naturalistas— complementados por hábiles dibujantes. Al regreso, en lugar de guardar secretos los resultados, éstos se divulgaban a través de publicaciones. El temible escorbuto —hasta entonces azote de las tripulaciones— fue combatido con métodos más eficaces, de tal forma que la mortalidad por esa causa llegó a reducirse apreciablemente.

¿Qué causas estimularon estos viajes? Ellos están vinculados a las ambiciones coloniales de las grandes potencias y a sus apetencias económicas.

cas. Sin embargo, en el curso del siglo de las Luces, tendieron progresivamente a realizarse bajo lineamientos estrictamente científicos.

¿Qué resultados se obtuvieron de ellos?

Desde el punto de vista científico fueron considerables. Hacia finales del siglo XVIII, prácticamente se conocían todas las costas y todas las islas de los grandes océanos. Igualmente eran conocidas la mayor parte de las especies vegetales. Hidrografía y climatología habían adelantado notoriamente. Las ciencias humanas, la antropología, la lingüística y la historia se han replanteado sobre bases nuevas. Desde la perspectiva filosófica, la concepción del mundo se ha ensanchado y el pensamiento se ha enriquecido.

Las expediciones terrestres del siglo XVIII han tenido por escenario principal el "lejano norte" canadiense y siberiano; y las marítimas el inmenso océano Pacífico. Entre éstas habría que destacar la de Roggeween (1722), de Byron (1766), de Carteret (1767), de Wallis (1767), de Bougainville (1768), de Cook (tres viajes, de 1768 a 1779), de Lapérouse (1785-1788).

Esta última es una de las más relevantes. Estuvo destinada a completar los conocimientos adquiridos en los viajes de James Cook —los más significativos de toda la centuria— y fue, científicamente hablando, la mejor dotada y organizada de todas. También fue la que tuvo un fin más trágico.

A esta famosa misión queremos dedicar este ensayo, al enterarse doscientos años de su emprendimiento. Y lo hacemos, convencidos de que es útil recordar una proeza como aquella, las valiosas lecciones que depara, y el saber y los logros culturales que aportó.

Juan Francisco de Galaup nace cerca de Albi —Languedoc— el 23 de agosto de 1741. Su padre Víctor Francisco de Galaup, y su madre Margarita de Ressegur, añadieron a su apellido el nombre de unas tierras en los aledaños de la ciudad, que formaban parte de sus heredades: Lapérouse.

Como tantos otros nobles de provincia, en 1756 —es decir un año antes del inicio de la guerra llamada de los Siete Años— ingresa como guardia marina en la base naval de Brest. En calidad de tal —y sólo dieciocho años de edad— participa a bordo del *Formidable* en la batalla naval de la bahía de Quiberon —1759—, lugar donde una importante escuadra francesa sufrió severa derrota a manos de los ingleses. En las postimerías de la contienda, integra una operación cuyo objetivo era Terranova, campaña que a la postre tuvo un resultado mezquino y sin mayor trascendencia.

La paz —desastrosa para Francia— se firmó en 1763. En los años siguientes forma parte de misiones diversas; asciende en su carrera, y, naturalmente, gana en conocimientos y experiencia.

En 1772 lo encontramos en el océano Índico: isla de Francia, actual isla Mauricio. Participa en viajes de aprovisionamiento a Madagascar, y al año siguiente va a la India en misión inspectiva y de avituallamiento de los establecimientos franceses de la costa este de aquel país. Llega hasta la factoría de Chandernagor, en el delta del Ganges, observa a los ingleses, y escribe con notable acierto:

“En general los ingleses se han apoderado de todo, y se creen tan dueños en las riberas del Ganges, como en las del Támesis. No permiten a ninguna otra nación comprar el opio ni el salitre, y revenden estos artículos con 200 ó 300% de ganancia. Así, las fortunas particulares son asombrosas, y el dinero llevado de Bengala a Inglaterra, desde hace diez años, ha doblado el numerario de esta nación. En verdad el país está muy empobrecido (...)”<sup>3</sup>.

Posteriormente Lapérouse cumple una segunda campaña en la India; esta vez en la costa de Malabar. Viaje lleno de incidentes y episodios significativos: combate con piratas; defensa de la factoría de Mahé, sitiada entonces, y de manera imprevista, por fuerzas hindúes muy superiores. “Sin nuestra ayuda —escribiría luego— nuestro establecimiento hubiese sido quemado, y todos los franceses que no hubiesen podido escapar por mar habrían sido masacrados”<sup>4</sup>.

La prolongada permanencia de Lapérouse en la isla de Francia —cinco años— va a tener en su vida decisiva y honda relevancia. Se enamora, en efecto, de Eléonore Broudou —diecisiete años; él treinta y tantos—, hija de un *garde magasin* de la Marina, director de hospital y antiguo armador de Nantes, a la cual da antes de regresar a Francia en 1777 formal promesa de matrimonio. Dicho matrimonio, no obstante, debió postergarse varios años debido a la terca oposición de su padre, lo que se tradujo para el insigne marino en sinsabores y amarguras dolorosas que pondrán a dura prueba la altura de sus sentimientos y la entereza de su carácter.

Vuelto a la patria es promovido a ‘lugarteniente de navío’, y condecorado caballero de San Luis.

Entretanto la guerra había estallado en Norteamérica, y las trece colonias inglesas se enfrentaban decididamente a la metrópoli. El gobierno francés comprendió muy pronto que la nueva situación representaba una excelente oportunidad para buscar el desquite de la desastrosa derrota sufrida en la guerra de los Siete Años. De ahí su alianza con los insurgentes

<sup>3</sup>Cit. por: Brossard, Maurice de: *Lapérouse. Des combats à la découverte*. Editions France - Empire, Paris, 1978, pág. 231.

<sup>4</sup>Ibíd. pág. 264.

—1778— y la consiguiente movilización de fuerzas navales y contingentes militares al otro lado del Atlántico.

Los años que siguen nos muestran a Lapérouse combatiendo al mando de diversas unidades, en distintos frentes marítimos, enmarcados en un amplísimo teatro de operaciones: Grenada (Antillas); Savannah; convoy de transporte del ejército de Rochambeau; y —ya ascendido a capitán de navío— combate del cabo Bretón, significativa campaña que le permite capturar tres presas británicas, incluidas dos fragatas. Participa también en la encarnizada batalla naval de Saintes —pequeñas islas entre Guadalupe y Domínica— donde los franceses sufrieron contundente e inesperado revés ante la escuadra inglesa.

Importantes y valerosas fueron las acciones cumplidas por Lapérouse en el curso de aquella contienda. No obstante, la más notable y ambiciosa fue la expedición que se le encargó organizar y dirigir contra los establecimientos británicos de la bahía de Hudson, dedicados entonces a un lucrativo comercio de pieles.

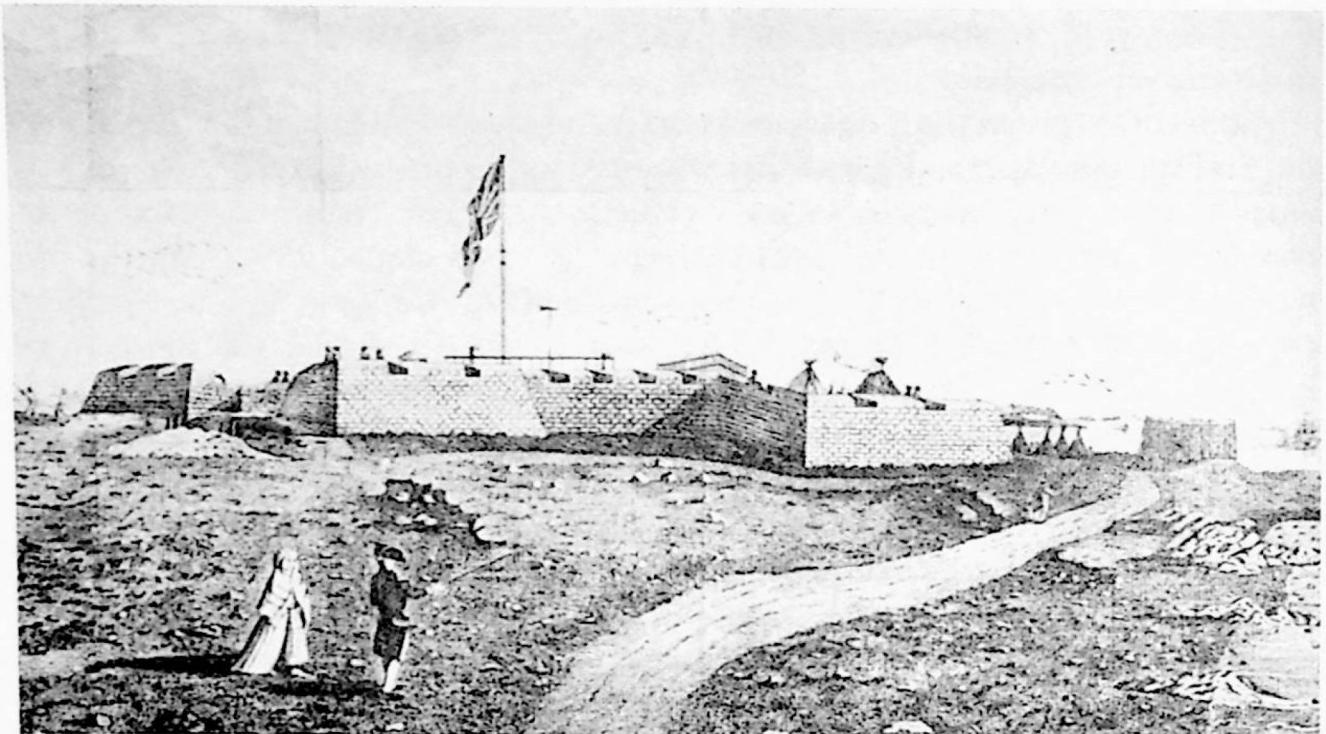
Al mando de tres navíos —uno de ellos capitaneado por Fleuriot de Langle quien, posteriormente, lo acompañaría en su infortunada vuelta al mundo— zarpó desde Santo Domingo —1782— en un esforzado raid de cuatro mil millas, que lo llevaría desde las cálidas latitudes caribeñas al hielo y brumas del lejano norte canadiense.

La flotilla obtuvo la rendición de dos estratégicos fuertes —que luego serían dinamitados— prisioneros, y una considerable cantidad de pieles. Las condiciones en que se efectuó la arriesgada operación fueron en extremo difíciles. “He entrado —escribe Lapérouse en su carta a su madre— después de fatigas increíbles en la bahía de Hudson. Había estado detenido más de un mes en los hielos donde nuestros tres buques han creído perecer (...) no tenía carta ni piloto (...). Os juro que ésta es la campaña más laboriosa que jamás haya realizado. Hoy, que conozco el país, no volvería por segunda vez”<sup>5</sup>. De regreso enfiló a Cádiz, donde permanece algunas semanas. ¿Motivo?: la gran cantidad de enfermos —escorbuto— en su tripulación.

La paz se firma en 1783; y el mismo año Lapérouse —superada la categórica oposición de su padre— contrae matrimonio con Eleonora Broudou.

Su vida hogareña y conyugal, sin embargo, va a durar muy poco. En efecto, a comienzos de 1785, el rey Luis XVI —deseoso de emular las brillantes hazañas de los exploradores ingleses— lo designa jefe de una

<sup>5</sup>Ibíd. pág. 438.



Fuerte Príncipe de Gales en la bahía de Hudson, tomado por Lapérouse, en la campaña contra los ingleses, en 1778-1780. Los norteamericanos lo incluyen entre los héroes de la Independencia de Estados Unidos.



Sello postal emitido en Francia con ocasión del bicentenario de la Independencia de Estados Unidos (1776-1976). Este sello recuerda a Lapérouse como comandante de la fragata Amazone, en lucha contra los ingleses, que conducía al Conde de Rochambeau a reclamar para Francia algunas de sus fortificaciones en América.

(Foto Frydland, reproducción autorizada por el Servicio de Documentación Francesa, Fototeca, Registro 752129).

expedición de descubrimiento en torno al mundo. ¿Por qué Lapérouse? ¿Qué fue lo que impulsó al monarca a nombrarlo cabeza de tan ambiciosa empresa? Desde luego, la larga y exitosa carrera en la marina —28 años— del conde de Lapérouse. Además, otros aspectos positivos, tal vez menos visibles. El soberano, en efecto, había leído su informe relativo a la azarosa campaña de la bahía de Hudson, y algunos párrafos de aquel documento lo habían impresionado favorablemente. “Estaba ese pasaje de su último informe —escribe el almirante Brossard— donde después de haber rendido cuenta de la destrucción de los fuertes de York y de Gales, escribía: ‘Yo sé que hay ingleses dispersos en los bosques; hemos creído deber proveer a su subsistencia, seguros de que el rey aprobará nuestra conducta al respecto y que nosotros hemos previsto sus intenciones’ ”.

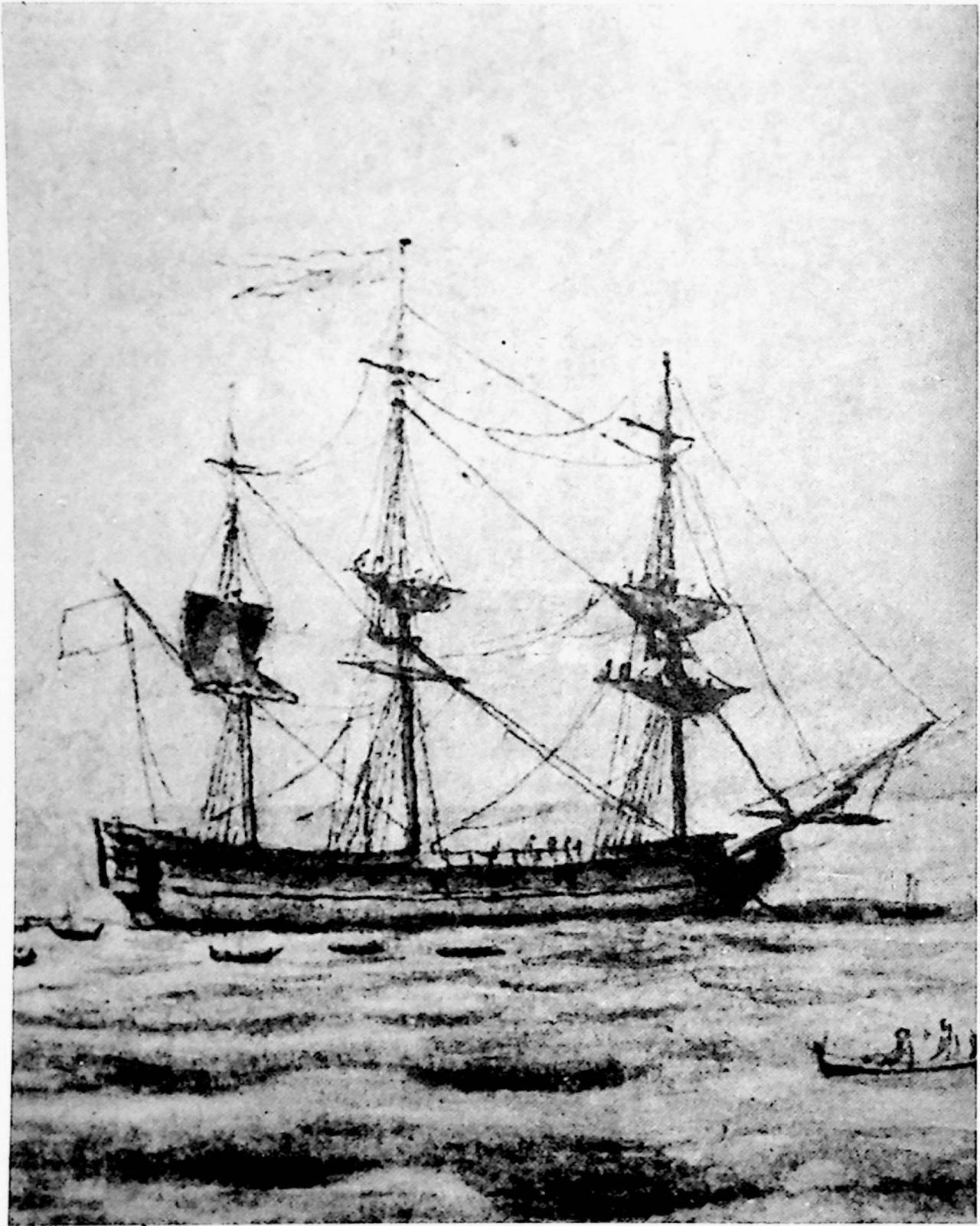
El documento indicaba, además, que, en aquella oportunidad, había adoptado la precaución de dejar armas a los indios de la región, para los cuales la caza era el único recurso. “Hemos dado a los salvajes todo lo que han querido llevar (...) la humanidad no me permite quedar indiferente ante su suerte futura”<sup>6</sup>.

La humanidad de Lapérouse ha conmovido al rey. Luis XVI ha aprobado su conducta, él quiere que se proceda así, con bondad y generosidad respecto a las poblaciones nativas.

El objetivo de la expedición era muy variado: complementar los notables resultados de los viajes de Cook, particularmente en lo relativo a la costa de Alaska; prospectar allí las posibilidades del comercio de pieles; reconocer tierras nuevas y puntos de apoyo estratégicos; reunir toda clase de información científica; y vigilar las actividades inglesas, españolas y portuguesas en ultramar.

Cuando Lapérouse fue nominado jefe de la expedición, se le concedió el derecho a escoger a su adjunto, el oficial que tendría el mando del segundo buque de su pequeña formación. Tal fue el vizconde Fleuriot de Langle, un capitán de navío amigo suyo, que había comandado una de las fragatas participantes en las referidas acciones de la bahía de Hudson. Langle era miembro de la Academia de Marina, y oficial muy versado en materias científicas, sobre todo en aquéllas vinculadas a la navegación y la astronomía. Los preparativos de la expedición fueron difíciles y meticulosos. Se pretendía, obviamente —dentro de los medios que la época podía ofrecer—, asegurar una navegación sin mayores errores y sin riesgos de consideración. En ese sentido, el problema del escorbuto, el siniestro mal

<sup>6</sup>Ibid. pág. 485.



*La Boussole, anclada en Mowée (Maui), en mayo de 1788. (Dibujo de Blondela. Archivo Histórico de la Marina Francesa).*

que indefectiblemente acompañaba a los largos viajes, fue motivo de especial preocupación.

Se sabía que Cook en su último viaje no había tenido muertos por dicha enfermedad; y, pensando en esa circunstancia, se procuró buscar en Inglaterra cualquier información útil sobre el particular. Monneron —ingeniero jefe de la expedición Lapérouse— la obtuvo en Londres gracias a sus diligentes indagaciones. También consiguió, por intermedio del sabio Sir Joseph Banks —que había viajado con Cook y que entonces presidía la Real Sociedad de Londres— se le facilitaran las brújulas de inclinación utilizadas por el ilustre navegante y que se guardaban en esa prestigiosa academia.

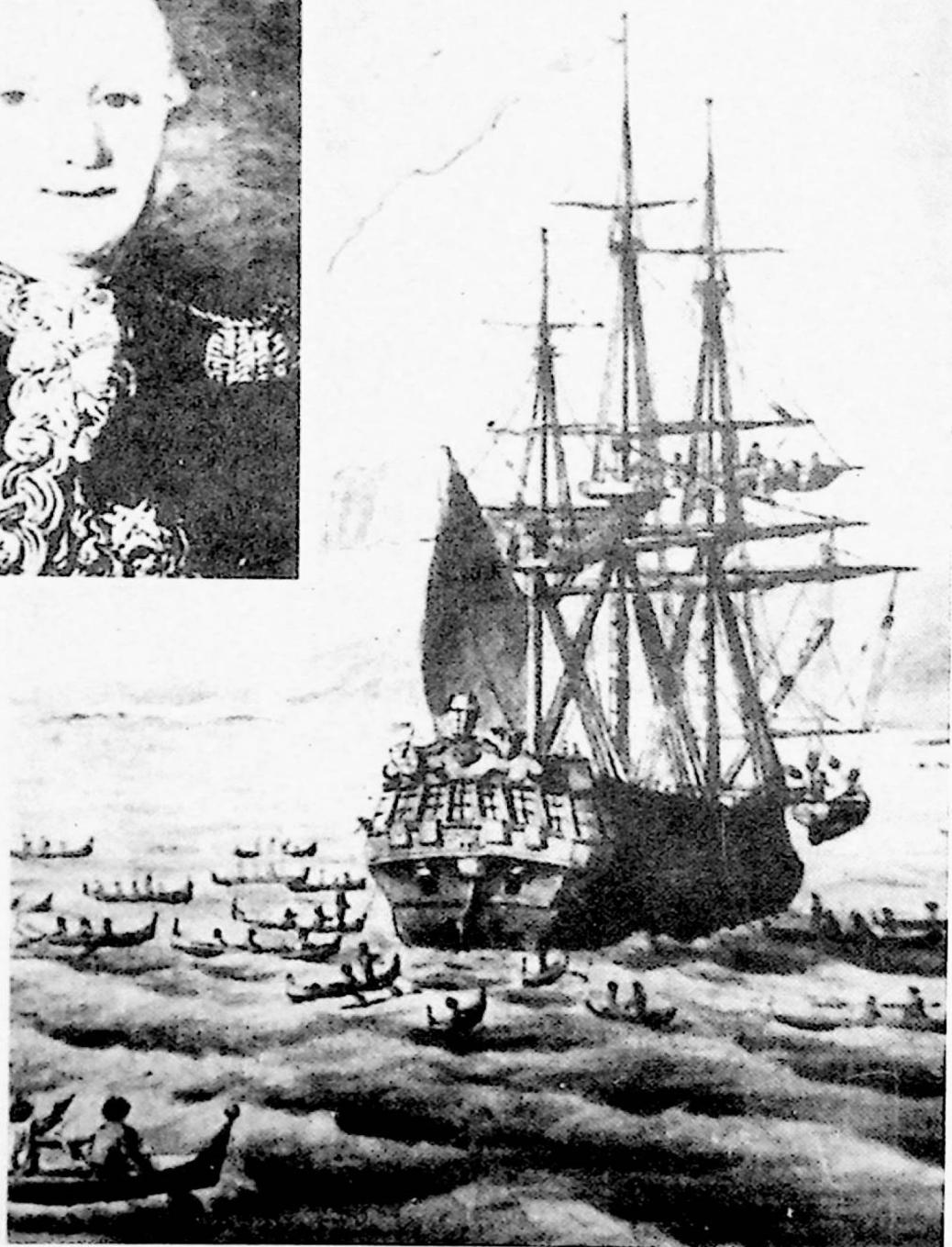
Así, en relación a los aspectos indicados, la misión Lapérouse podía zarpar en condiciones plenamente satisfactorias; y lo mismo puede aseverarse de los navíos que debían llevarla a cabo. En efecto, buscando las embarcaciones más apropiadas, la elección recayó finalmente en dos fragatas ligeras, pero suficientemente resistentes, de más o menos 500 toneladas cada una, que fueron bautizadas *Boussole* y *Astrolabe* —*Brújula* y *Astrolabio*—, nombres que reflejan el carácter científico de la expedición. Líneas atrás nos hemos referido al trascendental rol que las exploraciones del siglo XVIII otorgaban a los sabios, técnicos y especialistas, que debían acompañarlas y colaborar con ellas.

Así también ocurrió en esta oportunidad; con la diferencia de que el interés demostrado por tal innovación fue mayor que el evidenciado en cualquier otro viaje anterior.

En efecto, un grupo selecto de hombres de ciencia —en número sin precedentes— se integró al prolongado periplo. Figuraban en él: Monneron, ingeniero jefe; Lepaute-Dagelet, astrónomo y profesor de matemáticas de la Escuela Real Militar; Lamanon, físico, mineralogista y meteorólogo; Mongés, físico; De la Martinière, doctor en medicina y botánico; Dufresne, naturalista. Agreguemos dos dibujantes, un relojero y un intérprete de ruso, Lesseps, embarcado en previsión de las escalas en Kamchatka.

Dentro de esta admirable y cuidadosa preparación, es necesario destacar la elaboración del itinerario del viaje —destinado a completarse en un plazo de cuatro años— y las instrucciones redactadas por el monarca, las cuales llaman la atención por su inteligencia, meticulosidad y sentido humanitario.

“El señor de Lapérouse —escribe el soberano— se dedicará principalmente a estudiar el clima y las producciones de todo género de las diferentes islas de ese océano (...) a conocer las costumbres y los usos de los naturales de los países, su culto, la forma de su gobierno, su manera de hacer la guerra,



*L'Astrolabe en Maui. (Dibujo de Blondela. Museo de la Marina de Francia). En el extremo: retrato del capitán Fleuriot de Langle.*

sus armas, sus embarcaciones, el carácter distintivo de cada pueblo (...) y, principalmente, lo que cada uno ofrece de particular"<sup>7</sup>.

"Examinará de igual manera en qué latitud se pueden obtener las pieles; qué cantidad pueden proporcionar los americanos; qué mercaderías, qué objetos serían los más convenientes para el comercio de ellas; qué facilidades se podría encontrar para procurarse un establecimiento en esta costa (...)"<sup>8</sup>.

"Se ocupará con celo e interés de todos los medios que puedan mejorar su condición (de los nativos), procurando a su país las legumbres, las frutas, y los árboles útiles de Europa; enseñándoles la forma de sembrarlos y cultivarlos (...).

Si circunstancias imperiosas (...) —agrega— obligan alguna vez al señor de Lapérouse a hacer uso de la superioridad de sus armas sobre aquellos pueblos salvajes, para procurarse a pesar de su oposición, los objetos necesarios a la vida, tales como la subsistencia, la leña, el agua, no usará de la fuerza más que con la mayor moderación, y castigará con extremo rigor a aquellos de los suyos que hubiesen sobrepasado sus órdenes (...) no recurrirá a las armas sino en último extremo, solamente para su defensa (...).

Su Majestad considerará como uno de los éxitos más felices de la expedición, el que pueda ser terminada sin que haya costado la vida de un solo hombre"<sup>9</sup>.

Al expresarse así, Luis XVI no pensaba solamente en sus marinos; tanto como en ellos, pensaba en los naturales de las lejanas regiones, de las islas desconocidas que la *Boussole* y la *Astrolabe* iban a tocar.

El 1º de agosto de 1785 los dos navíos abandonan la rada de Brest. La primera escala fue la isla Madeira; a continuación sucesivamente las islas Tenerife, Trinidad, Ascensión, y Santa Catarina, ésta última junto a la costa brasileña.

Aquí Lapérouse —recibido cordialmente por las autoridades— en previsión de un posible brote de escorbuto, se abasteció abundantemente de víveres frescos.

Siempre hacia el sur pone proa en dirección al cabo de Hornos, perdiendo, sin embargo, algunos días —frente a la costa patagónica— en la búsqueda de una isla de dudosa existencia. Convencido de su inexistencia, abandona el área, arribando semanas después al temible cabo de Hornos, el que cruza a fines de enero de 1785. Es a esta altura de la navegación, que

<sup>7</sup> *Voyage de Lapérouse autour du monde*; rédigé par M. L. A. Milet - Mureau, Paris, 1797, t. I, pág. 32.

<sup>8</sup> Ibíd. pág. 36.

<sup>9</sup> Ibíd. pág. 54.

Lapérouse decide resolver de una vez por todas un acuciante y esencial problema. En efecto, ha podido observar una ostensible contradicción entre la ruta trazada por los expertos del Ministerio, y la finalidad principal del viaje, cual era la de llegar antes que los ingleses a la costa noroeste de América, la "costa de las pieles". El itinerario original le indicaba enfilar a Australia, antes de navegar al norte, lo que retrasaba, en un año al menos, el objetivo americano.

Confrontado a este dilema —y considerando que las instrucciones recibidas lo facultaban en caso de imperiosa necesidad a cambiar de ruta— determinó adoptar un plan más realista: el designio substancial primero; luego, la zona de los mares de China, y, finalmente, los mares y archipiélagos del hemisferio meridional.

Así, con esta decisión ya tomada, y siguiendo la costa chilena, el conde de Lapérouse navega hacia Concepción.

¿Razón de ello? Las provisiones comenzaban a escasear; por otro lado, las islas de Juan Fernández —que habría sido la otra opción— eran en realidad una escala mediocre, incapaz de proporcionar los abastecimientos necesarios para afrontar la prolongadísima travesía calculada hasta Monterrey.

Además: "Sabía —escribe— que esta parte de Chile era muy abundante en granos; que estaban allí más baratos que en cualquier comarca de Europa y que encontraría en abundancia, y al precio más módico, todos los demás comestibles (...)"<sup>10</sup>.

De esta forma, después de reconocer la desembocadura del Biobío, la *Boussole* y la *Astrolabe* anclaron en la amplia bahía de Concepción (23 de febrero de 1786).

"Buscamos con nuestros anteojos la ciudad de Concepción —refiere Lapérouse en la narración de su viaje— que sabíamos, según el plano de Frezier, debía estar al fondo de la bahía, en la parte sur este, pero no divisamos nada"<sup>11</sup>.

¿Qué había ocurrido?

Pues, que la ciudad había sido destruida por un terremoto en 1751, hecho que se ignoraba en Francia, treinta y cuatro años después. Los pilotos que subieron a bordo les informaron de esta 'novedad', agregando que el pueblo había sido reconstruido en otro emplazamiento —1763—, a tres leguas del mar, en las riberas del Biobío. El capitán de fragata Postigo vino a bordo de la *Boussole*, y habiendo indicado el anclaje definitivo —Talcahua-

<sup>10</sup>*Voyage de Lapérouse...*, t. II, pág. 54.

<sup>11</sup>Ibid. págs. 55-56.

no— el cual se efectuó al día siguiente, 24 de febrero, hizo llegar a los visitantes abundantísima provisión de carne fresca, frutas y legumbres.

Afectuosa, cordialísima y grata para todos fue la acogida brindada por las autoridades y sociedad de Concepción a los navegantes. “Apenas había anclado ante el pueblo de Talcaguana (sic) —declara Lapérouse— cuando un dragón vino llevándome una carta de M. Quexada (sic), comandante interino; me anunciaba que seríamos recibidos como compatriotas, añadiendo, con la más extrema urbanidad, que las órdenes que había recibido eran, en esta ocasión, muy conformes a los sentimientos de su corazón, y al de todos los habitantes de Concepción”<sup>12</sup>.

Ambrosio O’Higgins, entonces Gobernador Intendente de Concepción, no se encontraba en esos días en la ciudad, sino tierra adentro —en la ‘frontera’— ultimando los detalles de un acuerdo de paz con los indígenas. “Acababa de concluir una paz gloriosa —escribe Lapérouse— muy necesaria a los pueblos de su gobierno, cuyos habitantes alejados están expuestos a los estragos de esos salvajes (...)"<sup>13</sup>.

Laudatorios son los términos con que el célebre navegante se refiere a don Ambrosio.

“No puedo rehusar el placer —manifiesta— de dar a conocer a este leal militar (...). Como los indios, le he dado mi confianza después de una hora de conversación (...) M. Higuins (sic), encargado de la defensa del país, era de una actividad difícil de igualar; superaba, si es posible, las gentilezas de M. Quexada, y ellas eran tan verdaderas, tan afectuosas para todos los franceses, que ninguna expresión podría traducir nuestros sentimientos de gratitud”<sup>14</sup>.

Sin embargo, pese a toda esa cordial disposición, cuando los naturalistas de la expedición, Lamanon y Monges, manifestaron su deseo de viajar al interior, con el objeto de reconocer el volcán Antuco, O’Higgins les negó su permiso, por lo cual no pudieron cumplir ese propósito<sup>15</sup>.

Curioso, sorprendente y original es el Chile y el Concepción de Lapérouse.

Una ciudad cuya población estima en diez mil habitantes; casas de

<sup>12</sup>Ibid. pág. 64.

<sup>13</sup>Ibid. pág. 66.

<sup>14</sup>Ibid. pág. 68.

<sup>15</sup>“Nota de Don Ambrosio O’Higgins al Marqués de Sonora” (Concepción, 20 de julio de 1786), en *Revista Chilena de Historia y Geografía* (Santiago de Chile), N° 107, 1946, pág 388.

adobes con techos de tejas, y de un solo piso; "a fin de resistir mejor los temblores" —puntualiza<sup>16</sup>.

En cuanto a la comarca: ¡esta visión extraordinaria e increíble! "No hay en el universo tierras más fértiles que las de esta parte de Chile; el trigo rinde allí sesenta por uno; la viña produce con la misma abundancia; los campos están cubiertos de rebaños innumerables que, sin ningún cuidado, se multiplican más allá de toda expresión; el único trabajo es cercar con barreras las propiedades de cada particular, y dejar en estos recintos los bueyes, los caballos, las mulas y los corderos"<sup>17</sup>.

En estas circunstancias, el precio de los animales era desmesuradamente bajo; "pero no hay compradores —agrega el conde Lapérouse—, y los habitantes tienen la costumbre de hacer matar todos los años una gran cantidad de bueyes, de los cuales conservan los cueros y el sebo: estos dos artículos son enviados a Lima"<sup>18</sup>.

Luego, sin embargo, de este positivo panorama, imagen de un Chile agrícola y ganadero excepcionalmente próspero y afortunado, Lapérouse reflexiona con notorio pesimismo.

"A pesar de tantas ventajas —argumenta— esta colonia está lejos de haber hecho los progresos que debía esperar de su situación, la más propia a favorecer una gran población; pero la influencia del gobierno contraría sin cesar la del clima. El régimen prohibitivo existe en Chile en toda su extensión: este reino cuyas producciones, si alcanzasen su máximo, alimentarían a la mitad de Europa; cuyas lanas bastarían a las manufacturas de Francia e Inglaterra; cuyos animales, utilizados en salazón, producirían un ingreso inmenso; este reino, digo, no hace ningún comercio.

Cuatro o cinco pequeños barcos le proporcionan todos los años desde Lima, azúcar, tabaco, y algunos objetos manufacturados de Europa (...) ellos no pueden dar a cambio más que trigo (...), sebo, cueros y algunas tablas; de suerte que la balanza de comercio está siempre en desventaja para Chile (...).

Según este cuadro muy sucinto es evidente que si España no cambia de sistema, si no autoriza la libertad de comercio; si no se moderan los

<sup>16</sup>Voyage de Lapérouse..., t. II, pág. 59.

<sup>17</sup>Ibid. pág. 60.

<sup>18</sup>Ibid. pág. 61.

Sobre el particular, es interesante señalar que las referencias de Lapérouse coinciden con las del viajero y hombre de ciencias —también francés— Francisco Amadeo Frezier, quien estuvo en nuestro país entre los años 1712 y 1714. El abundante caudal de observaciones que llevó de Chile, y otros países, le permitió la publicación de una obra valiosa: *Relation de voyage de la Mer du Sud aux côtes du Chili, du Pérou et de Brésil*. El libro fue publicado en París, 1716.

diferentes derechos sobre los artículos extranjeros (...), el reino de Chile no llegará jamás al grado de crecimiento que debe esperar de su situación”<sup>19</sup>.

Interesantes y sugestivas estas ideas —y otras que expondremos más adelante— pues nos ayudan a comprender una faceta de la personalidad de Lapérouse: su pensamiento, su formación intelectual, a menudo olvidada en beneficio del brillo de sus proezas marineras. Nos muestran estas expresiones un Lapérouse apologeta de las doctrinas del liberalismo económico, doctrinas que entonces se abrían paso firmemente en Europa, divulgadas por los escritos de Adam Smith y los fisiócratas franceses, al tiempo que eran defendidas vigorosamente por la burguesía, y aplicadas, en ocasiones, por gobiernos reformistas e innovadores.

Pero hay más todavía —siempre referido a nuestro país—: juicios relativos a diversos aspectos de la idiosincrasia nacional en el siglo XVIII —específicamente la escasa aptitud para el trabajo—, rasgos que algunos viajeros foráneos —Frezier por ejemplo— ya habían señalado y comentado.

“Como los alimentos son muy abundantes —afirma Lapérouse— (los hombres) no son estimulados al trabajo por ninguna necesidad verdadera; sin comunicación con los extranjeros, no conocen ni nuestras artes ni nuestro lujo, y no pueden desear nada con bastante fuerza como para vencer su inercia: las tierras permanecen sin cultivo (...) todos los artesanos de la Concepción son extranjeros”<sup>20</sup>.

“La pereza, mucho más que la credulidad y la superstición —manifiesta aludiendo al nutrido estamento eclesiástico— ha poblado este reino de conventos de mujeres y de hombres: éstos gozan de una libertad mucho mayor que en ningún otro país; y la desgracia de no tener nada que hacer, de no tener familia, de ser célibes por estado sin estar separados del mundo (...) los ha hecho, y debía hacerlos, las más malas personas de América”<sup>21</sup>.

El espíritu de la Ilustración —secular y racionalista—, su declarada admiración por Voltaire, y su condición de francmason<sup>22</sup>, se transparentan

<sup>19</sup>Ibid. págs. 61-62.

<sup>20</sup>Ibid. pág. 63.

<sup>21</sup>Ibid. pág. 63.

<sup>22</sup>Lapérouse, como tantos otros Ilustrados de su época, perteneció a la Orden Francmasonica. Fue miembro de la logia *L'Hereuse Rencontre*, de Brest, iniciado el 16 de julio de 1765. En la Biblioteca Nacional de París se conserva el Cuadro de dicha logia fundada por el Duque de Chartres en 1745 y quien fue el primer Gran Maestro no inglés de la masonería francesa. En la misma biblioteca se exhibe el Cuadro de la logia *La Parfaite Intelligence* de Albi, en el que aparece el nombre de Victor-Joseph Galaup, padre del navegante. (De un trabajo de investigación realizado por Lautaro Alvial Westerling en Toulouse, Albi y París).

en esta acerba y virulenta crítica del conde Lapérouse al clero colonial chileno.

Otras de sus observaciones apuntan a las costumbres, vestimentas y peculiaridades de nuestra sociedad. Algunas son gratas de leer; otras nos dejan perplejos; otras consternados. Todas, sin embargo, igualmente interesantes. Inducen a la meditación, y nos proyectan insensiblemente a un Chile lejano, diferente, rezagado, pero al mismo tiempo grávido de posibilidades.

La vestimenta de las damas de Chile —escribe— “muy diferente de la que estamos acostumbrados”, consiste en: “una falda plisada que deja al descubierto la mitad de la pierna (...) medias rayadas de rojo, azul y blanco; zapatos tan cortos que todos los dedos quedan replegados, de tal manera que el pie es casi redondo (...), su ‘corset’, ordinariamente de una tela de oro o plata está recubierto con dos mantillas (...)”<sup>23</sup>.

Las damas de Concepción —a su juicio— “son generalmente bonitas, y de una urbanidad tan amable, que no hay ciertamente ninguna villa marítima en Europa, donde los navegantes extranjeros puedan ser recibidos con tanto afecto y amenidad”<sup>24</sup>.

“Ninguna enfermedad es particular a este país —agrega—; pero hay una que es bastante común y que no me atrevo a nombrar (...)”<sup>25</sup>.

En fin, para completar esta variedad de juicios, una opinión del conspicuo visitante sobre el pueblo, es decir, los estratos populares de la población. “El pueblo de la Concepción es muy ladrón, y las mujeres son allí extremadamente complacientes”<sup>26</sup>.

Se acercaba ya el momento de levar anclas. En esas circunstancias, los visitantes, a fin de corresponder a todas las atenciones recibidas, ofrecieron una gran fiesta —en una tienda a orillas del mar— invitando al efecto a un centenar y medio de personas. “Esta comida —refiere Lapérouse— fue seguida de un baile, de unos pequeños fuegos de artificio y, en fin, de un globo de papel, suficientemente grande para constituir un espectáculo”<sup>27</sup>.

La misma tienda les sirvió al día siguiente para dar una comida a la tripulación. El gobernador O’Higgins dio finalmente en su casa, el agasajo de despedida. “No se puede, en parte alguna del mundo —cuenta Lapérouse— ver una fiesta más encantadora; ella fue ofrecida por un hombre adorado

<sup>23</sup>*Voyage de Lapérouse..., t. II, pág. 65.*

<sup>24</sup>Ibíd. pág. 66.

<sup>25</sup>Ibíd. pág. 61.

<sup>26</sup>Ibíd. pág. 64.

<sup>27</sup>Ibíd. pág. 68.

en el país, a extranjeros que tenían la reputación de ser de la nación más galante de Europa”<sup>28</sup>.

El 15 de marzo las dos fragatas abandonaban Talcahuano<sup>29</sup>, en dirección a la isla de Pascua, arribando allí el 9 de abril siguiente.

Escala muy breve, aprovechada, sin embargo, en observaciones de variada índole. Aprecian la deforestación de la isla y sus desgraciados efectos; admirán las estatuas y regalan a los naturales —cuyo total Lapérouse estima en dos mil— diversas semillas, y algunos cerdos, ovejas y cabras.

El vizconde de Langle, acompañado de los sabios y dibujantes, efectúan una excursión al interior, en cuyo trayecto tienen oportunidad de examinar nuevas estatuas, algunas extrañas construcciones y el cráter de un volcán extinguido.

Los pascuenses se manifiestan extremadamente inclinados al hurto, desagradecidos, y las mujeres excesivamente complacientes, comprobaciones que inducen a Lapérouse a expresar, por primera vez, un juicio sobre los

<sup>28</sup>Ibid. pág. 69.

<sup>29</sup>O'Higgins quedó muy impresionado, y, a la vez preocupado con la expedición del conde Lapérouse. En carta al virrey del Perú, Teodoro de Croix (12 de marzo de 1786), escribe: “Todos los que navegan en la presente expedición no respiran más que entusiasmo de descubrimientos, progresos de la navegación, de la geografía, de la investigación de los mares, sus islas, y configuración más exacta del globo”.

Carta publicada por José Muñoz Pérez en: “Lapérouse en Chile”; *Revista Chilena de Historia y Geografía* (Santiago de Chile), N° 125, 1957, pág. 163.

Meses después —con fecha 20 de julio de 1786— en una extensa nota dirigida al marqués de Sonora, y ministro de India, Don José de Gálvez, junto con señalar que el objetivo de esos viajes, además del científico, era —a su juicio— el de “establecer colonias en estos meridianos”: sugiere la formación de una colonia hispánica en la costa noroeste de la América septentrional, más allá de los territorios californianos, para adelantarse a un posible establecimiento allí de los ingleses, franceses o rusos. Preocupante es la actitud de estos últimos, sobre todo, cuya “ambición de poseer (...) se manifiesta desmedida”.

Recomienda también calurosamente la realización de una expedición española, similar a las del famoso Cook y del conde de Lapérouse, “porque además de las ventajas de gloria y crédito nacional (...) sería también muy conveniente acercarnos a conocer las naciones que habitan afuera y dentro de la dominación española”.

“Nota de Don Ambrosio O'Higgins al marqués de Sonora”, publicada en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 107, 1946, págs. 387-401.

Esta aspiración la reiteró el Intendente O'Higgins, después de su ascenso al cargo de Gobernador del reino de Chile, en nota del 3 de agosto de 1788, cuando ya había fallecido el marqués de Sonora. Es muy probable que el envío de la expedición que el rey de España confió en 1788 a Alejandro Malaspina, haya tenido su origen en estas repetidas sugerencias del ilustre gobernador colonial.

indígenas del mar del Sur. "Los considero —escribe— tan corrompidos como pueden serlo en relación a las circunstancias en que se encuentran"<sup>30</sup>.

Admirador de Rousseau, su fe en las ideas del filósofo ginebrino comienza a flaquear. El "buen salvaje" parece no existir.

Al cabo de su permanencia en Pascua, que no se extendió más allá de unas diez horas, los dos navíos zarpaban rumbo al norte.

Las fragatas no enfilaron directamente a Monterrey, en la tierra mexicana de California, como originalmente lo había planeado el jefe de la misión, sino hacia las islas Sandwich —actualmente Hawai— en la mayor de las cuales había muerto el gran Cook a manos de los nativos, en 1779.

El objetivo de tal desviación era verificar la existencia de ciertas islas, que determinados mapas españoles colocaban en la latitud de las Sandwich —bastante al este eso sí— en incierta longitud. No las encuentra, demostrando así, después de exhaustiva búsqueda, su inexistencia y, por lo tanto, la falsedad de aquellas cartas geográficas.

El 28 de mayo arriban a la isla Maui, en las Hawai.

Paisaje deslumbrante. "Veíamos el agua precipitarse en cascadas desde la cima de las montañas, y descender al mar después de haber regado las habitaciones de los indígenas (...) los árboles que coronan las montañas; el verdor, los bananeros (...) todo producía en nuestros sentidos un encanto indecible"<sup>31</sup>.

Los pobladores, sin embargo, estragados por la sifilis.

Los visitantes aprovechan la escala para aprovisionarse de frutas, cerdos y otros productos; a cambio ofrecen diversas especies, particularmente hierro, metal muypreciado por los naturales.

Lapérouse, desdeñando la circunstancia de que Cook no había desembarcado en Maui, no tomó posesión de la isla en nombre de su rey.

Se abstuvo; y da la explicación en unas pocas líneas que expresan muy bien la elevación y nobleza de sus pensamientos: "Los usos de los europeos son, a este respecto, completamente ridículos. Los filósofos deben gemir, sin duda, viendo a hombres que por el solo hecho de tener cañones y bayonetas, no tienen en cuenta para nada a sesenta mil semejantes suyos; y que, sin respeto por sus derechos más sagrados, miran como objeto de conquista una tierra que sus habitantes han regado con su sudor, y que desde hace tantos siglos, sirve de tumba a sus antepasados"<sup>32</sup>.

Los viajes modernos —a su juicio— "deben completar el reconocimien-

<sup>30</sup>Voyage de Lapérouse..., t. II, pág. 93.

<sup>31</sup>Ibid. pág. 111.

<sup>32</sup>Ibid. pág. 124.

to de la tierra; y las luces que ellos tratan de difundir tienen por único fin, hacer más felices a los insulares que visitan, y de aumentar sus medios de subsistencia”<sup>33</sup>.

¡Qué expresivos y evocadores son estos términos! Libertad, fraternidad, felicidad, luces, anticolonialismo. Todas estas ideas, referidas al siglo XVIII, ordinariamente las vinculamos a la filosofía de la Ilustración; y ellas fueron justamente las que —como lo hemos señalado en otra parte— dieron forma, sentido y fuerza al pensamiento del conde de Lapérouse, a su concepción del hombre, de la vida y del mundo.

Un eco de las denuncias de Voltaire, de Montesquieu y de Raynal —sus contemporáneos— se percibe en los párrafos citados; en la rotunda condena de aquellos que, “sin respeto por sus derechos más sagrados”, consideraban a los nativos de ultramar y sus tierras objetos de conquista y explotación.

La escala en Maui fue breve. El 1º de junio de 1786 la *Boussole* y la *Astrolabe* se alejaban de las islas Hawái, rumbo noreste, en demanda de las costas de Alaska. Una semana después penetraban en una región brumosa, húmeda y fría; condiciones que los acompañarán persistentemente, con breves intervalos.

Por fin —día 23—: “La niebla, disipándose, nos permitió divisar, de golpe, una larga cadena de montañas cubierta de nieve (...) reconocimos el monte San Elías de Behring, cuya cumbre aparecía por encima de las nubes”<sup>34</sup>.

Avanzan luego hacia el sur, apegados a un litoral ingrato, hostil y deprimente, buscando un puerto adecuado donde anclar. Lo encuentran días después: una amplia y hermosa ensenada a la que Lapérouse dará el nombre de Puerto de los Franceses (hoy, Lituya Bay). El ingreso a ella, no obstante, pese a las precauciones adoptadas, fue riesgoso en extremo. En efecto, un golpe de viento repentino estuvo a punto de arrojarlos contra las rocas costeras.

“En treinta años que navego —declara Lapérouse— no me había ocurrido ver dos buques tan cerca de perderse”<sup>35</sup>.

Indios canoeros, cazadores y pescadores —de nivel muy primitivo— poblaban escasamente la región. Proporcionaron a los franceses pieles de nutria y pescado, a cambio de diversos artículos, señaladamente hierro.

Agresivos, feroz, astutos, viciosos y extremadamente ladrones, vivían —escribe Lapérouse en su relación del viaje— “continuamente agitados

<sup>33</sup>Ibid. pág. 124.

<sup>34</sup>Ibid. pág. 136.

<sup>35</sup>Ibid. pág. 149.

por el temor o por la venganza; coléricos y pronto a irritarse, los he visto sin cesar puñal en mano los unos contra los otros”<sup>36</sup>.

“Los filósofos —reflexiona— claman en vano contra este cuadro. Ellos escriben sus libros en sus gabinetes, y yo viajo desde hace treinta años: soy testigo de las injusticias y engaños de estos pueblos que se nos ha pintado tan buenos, porque están muy cerca de la naturaleza (...). Es imposible (...) convivir, en fin, con el hombre de la naturaleza, porque es bárbaro, malo y trámoso”<sup>37</sup>.

“Admito, en fin, si se quiere —añade aludiendo a estos nativos— que es imposible que una sociedad exista sin algunas virtudes; pero estoy obligado a declarar que no he tenido la sagacidad de advertirlas”<sup>38</sup>.

Estos indígenas de Puerto de los Franceses, verdaderamente han asqueado a Lapérouse. Con repugnancia comprueba el error, la irrealidad, el utopismo, el carácter meramente abstracto y especulativo de la difundida tesis roussoniana del “buen salvaje”, y del hombre “nacido bueno”. Tal creatura, producto nada más que del idealismo y optimismo *a outrance* de su autor, no existe por ningún lado.

Hacía ya casi un año que habían zarpado de Brest; y pese al tiempo transcurrido, la expedición no había sufrido, hasta ese momento, ninguna pérdida en hombres. Lapérouse tenía legítimo derecho a sentirse orgulloso. Entonces, súbitamente, el drama estalló.

El 13 de julio ordenó que dos lanchas sondearan en forma más detenida el paso hacia mar abierto. Había corrido peligro a la entrada de la bahía; quería evitarlo a la salida. Por desgracia, una impetuosa corriente arrastró repentinamente las embarcaciones, lanzándolas contra las rompientes donde zozobraron. Perecieron 21 marineros y oficiales; sin que fuera posible, en los días siguientes, encontrar cuerpo alguno. Ni siquiera restos.

Al relatar la catástrofe, escribe Lapérouse: “No temo manifestar que desde ese acontecimiento, mi pena ha sido acompañada cien veces de mis lágrimas; que el tiempo no ha podido calmar mi dolor: cada objeto, cada instante, me recuerda la pérdida que sufrimos”<sup>39</sup>.

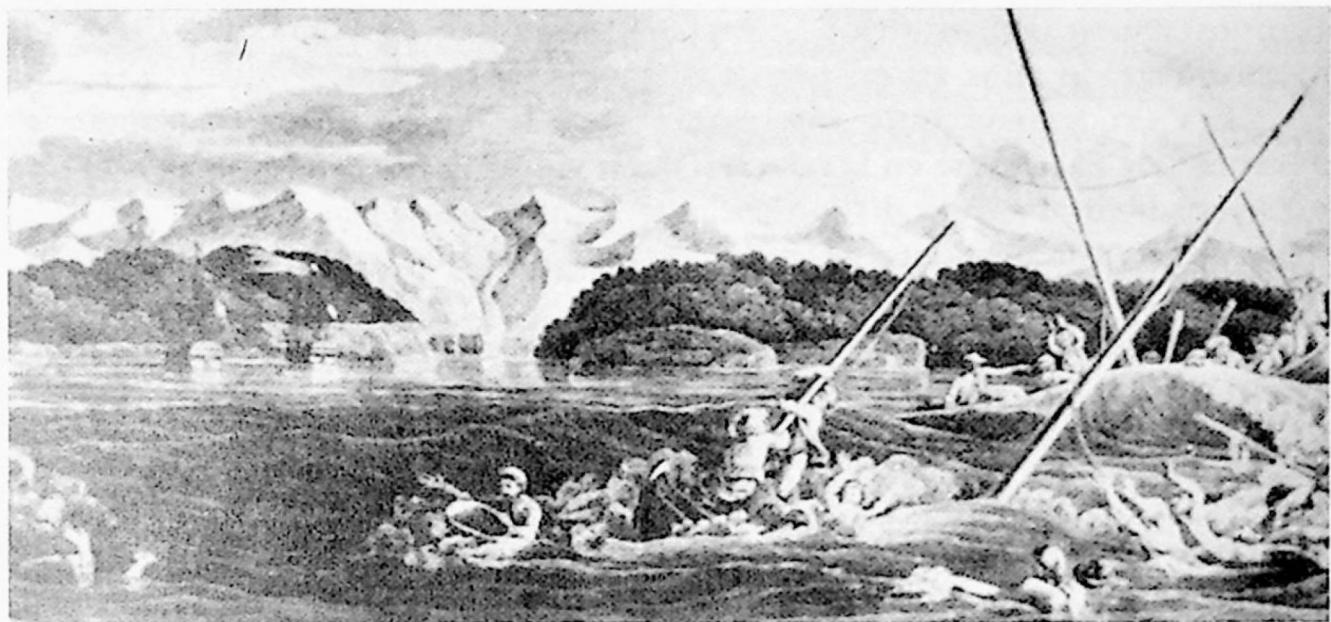
El 30 de julio de 1786 los dos navíos vuelven a zarpar. Esta vez con dirección sur, bordeando lo más cerca posible la costa americana. El propósito del jefe de la expedición era reconocer este litoral hasta Monterrey, al sur de la bahía de San Francisco; amplio espacio, que —salvo

<sup>36</sup>Ibid. pág. 193.

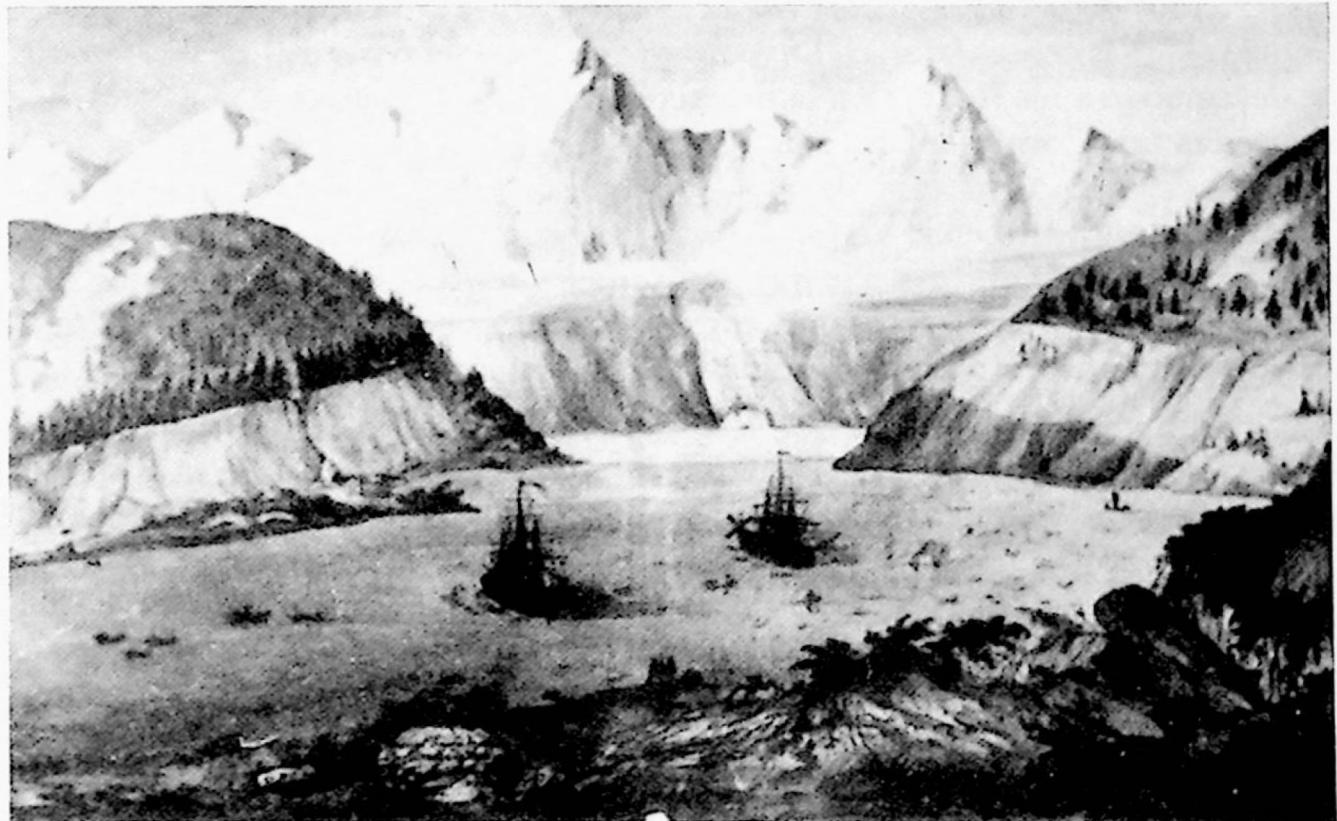
<sup>37</sup>Ibid. pág. 193.

<sup>38</sup>Ibid. pág. 195.

<sup>39</sup>Ibid. pág. 163.



*Grabado incluido en el libro de viaje de Lapérouse en 1797. Da una visión aproximada del hundimiento de los dos botes con 21 marineros. Todos perecieron.*



*Las dos fragatas en el Puerto de los Franceses. (Dibujo de Duché de Vancy. Archivo Histórico Naval de Francia).*

algunos contadísimos sitios— era prácticamente desconocido. Cook lo había recorrido años antes; pero a distancia de la costa.

“Era un trabajo muy interesante para la navegación y el comercio —específica Lapérouse en la relación de su viaje— pero exigía varios años, y no se nos ocultaba que, disponiendo nada más que de dos o tres meses (...) dejaríamos muchos detalles a los navegantes que vinieran después de nosotros”<sup>40</sup>.

Y, efectivamente, en el breve lapso ya indicado, el conde Lapérouse ejecutaría una labor notable, provechosa y de extraordinaria precisión. El 14 de septiembre los navegantes arriban a Monterrey, pequeña ciudad en la bahía del mismo nombre, entonces capital de California del Norte, una extensísima tierra de misiones, dependiente del lejano virrey español de México. Monterrey era, además, sede de un ‘presidio’, nombre que los españoles daban a los fuertes instalados en medio de países infieles.

La escala de Monterrey se prolongó por nueve días, tiempo en el cual los franceses se aprovisionaron adecuadamente y Lapérouse aprovechó para llevar a cabo sus acostumbradas observaciones.

Veamos algunas.

Un teniente coronel con residencia en Monterrey —nos informa— es el gobernador de las dos Californias: la antigua, o sea la península, y la nueva, es decir la más septentrional. Disponía de escasos efectivos militares, los que se destinaban a los fuertes y a la protección de las misiones —25 en total—, dirigidas por dominicos y franciscanos.

Lapérouse visitó una de esas misiones, vecina a Monterrey, donde centenares de indígenas vivían bajo la tutela de sacerdotes.

Son, a su juicio, “especie de comunidades religiosas”. Clérigos “son los superiores tanto en lo temporal como en lo espiritual; los productos de la tierra son confiados a su administración. Hay siete horas de trabajo por día, dos horas de oración, y cuatro o cinco los domingos y fiestas, que son consagrados enteramente al reposo y al culto divino”<sup>41</sup>.

Si un indígena se escapaba era obligado a regresar y castigado con azotes. El régimen de vida, basado en el trabajo y la devoción, era estrictamente disciplinado, ordenado, rígido y austero. Lapérouse los describe con detenimiento, señalando la modalidad de las faenas de hombres y mujeres, y las comidas que se distribuían tres veces al día.

A modo de corolario de esta descripción, el ilustre navegante escribe: “Confieso que, más amigo de los derechos del hombre que teólogo, habría

<sup>40</sup>Ibíd. pág. 135.

<sup>41</sup>Ibíd. pág. 264.

deseado que a los principios del cristianismo, se hubiese añadido una legislación que, poco a poco, hubiese convertido en ciudadanos, hombres cuyo estado no difiere casi del de los negros de nuestras colonias, regidos con mayor moderación y humanidad”<sup>42</sup>.

Derechos del hombre, ciudadanos, humanidad. De nuevo Lapérouse nos muestra, a través de estas nítidas expresiones, lo que ya habíamos indicado anteriormente, esto es su disposición abierta y franca hacia las nuevas ideas divulgadas por los filósofos de la época.

Al margen de lo anotado, le impresiona vivamente, también, la “fertilidad indescriptible”<sup>43</sup> de la tierra californiana.

“Las cosechas de maíz, cebada, trigo y guisantes —afirma— sólo pueden ser comparadas a las de Chile; nuestros cultivadores de Europa no tienen idea de parecida fertilidad”<sup>44</sup>.

Reaprovisionados abundantemente abandonan Monterrey el 24 de septiembre, rumbo al oeste —siguiendo el paralelo 28 a todo lo ancho del Pacífico— en demanda de las costas asiáticas.

Los primeros días transcurren sin mayores problemas; pero a mediados de octubre, tormentas y lluvias se abaten obstinadamente sobre los navíos. De nuevo los marineros padecen los efectos de la pluviosidad excesiva, y una vez más su jefe ve aparecer el terrible fantasma del escorbuto. No ocurre nada, sin embargo, pero las huellas del largo viaje comenzaban ya a evidenciarse.

A comienzos de noviembre descubren un islote abrupto, al que dan el nombre de Necker; y a mediados del mes siguiente arriban al archipiélago de las Marianas, cuya posición geográfica rectifican. Finalmente el 1º de enero del nuevo año 1787, las fragatas arrojan anclas en la colonia portuguesa de Macao, en la costa china frente al puerto de Cantón. Habían salido de Francia, casi año y medio antes.

Macao, después de dos siglos y medio de dominación portuguesa, había sabido mantener —pese a la abrumadora superioridad de la población china— su tradicional fisonomía de ciudad lusitana, con sus iglesias, sus conventos, plazas, mercados y pequeños fuertes.

Tal dominio, no obstante —originado en la donación de un emperador—, era bastante original, a juzgar por lo que informa Lapérouse en su relato. “Cada día los chinos les hacen nuevas injurias; a cada instante les anuncian nuevas pretensiones; el gobierno portugués no ha opuesto jamás la

<sup>42</sup>Ibid. pág. 257.

<sup>43</sup>Ibid. pág. 255.

<sup>44</sup>Ibid. pág. 255.

menor resistencia, y esta plaza, donde cualquier nación europea con un poco de energía se hubiera impuesto al emperador de China, en cierto modo ya no es otra cosa que una ciudad china, en la cual los portugueses son tolerados”<sup>45</sup>.

Ultrajes parecidos, aunque no tan reiterados ni de tanta magnitud, sufrían en general todos los mercaderes europeos; afrentas a las que parecían resignados en méritos de los substanciosos beneficios del comercio. “No se bebe una taza de té en Europa —manifiesta Lapérouse— que no haya costado una humillación a los que la han comprado en Cantón”<sup>46</sup>.

Antes de abandonar Macao, Lapérouse contrata una docena de marineros chinos para sustituir a los desaparecidos en el desastre de Puerto de los Franceses; y procura vender en buenas condiciones el cargamento de pieles de nutria obtenido en aquel lugar de infortunio.

Los tropiezos que se le presentan en esta última gestión lo obligan a encargar, finalmente, su venta al Cónsul francés en la ciudad.

El 5 de febrero levantan anclas rumbo a Cavite —Manila— en las islas Filipinas. Desde el puerto de Cavite, Lapérouse y Langle, acompañados por algunos oficiales, se trasladan en bote a la capital, con el objeto de presentar sus saludos a las autoridades. “La ciudad de Manila, comprendidos los suburbios —refiere Lapérouse— es muy considerable; se estima su población en treinta y ocho mil almas, entre las cuales se cuenta apenas mil o mil doscientos españoles; el resto son mestizos, indios o chinos”<sup>47</sup>.

En el transcurso de la escala, que se prolonga más de un mes, Lapérouse, siguiendo su costumbre, observa, reflexiona... y comenta.

Ante todo, le sorprende y maravilla la riqueza agrícola del país, la industriosidad de sus habitantes, las belleza de sus paisajes. Y concluye afirmando: “No temo adelantar, que una gran nación que no tuviera otra colonia que las islas Filipinas, y que estableciera en ellas el mejor gobierno que le fuera posible, podría mirar sin envidia todos los establecimientos europeos de África y América”<sup>48</sup>.

Desgraciadamente, lo mismo que en Chile, disposiciones desacertadas, leyes incomprendibles y absurdas, aplicadas por las autoridades españolas, han terminado por frenar y bloquear las posibilidades magníficas de progreso y felicidad de los isleños.

“La falta de estímulo —argumenta Lapérouse—, las prohibiciones, las

<sup>45</sup>Ibid. pág. 322.

<sup>46</sup>Ibid. pág. 321.

<sup>47</sup>Ibid. pág. 345.

<sup>48</sup>Ibid. pág. 347.

trabas de todo orden impuestas al comercio, hacen que los productos y las mercaderías de India y de China sean allí, por lo menos, tan caras como en Europa”<sup>49</sup>.

No son éstos —a su juicio— los únicos males que padecen los filipinos. Consta otros; algunos de considerables efectos, como por ejemplo, “la imposibilidad de vender los frutos de la tierra con una ganancia que compense el trabajo”<sup>50</sup>; el despotismo sin freno de los gobernadores; las distinciones irritantes y la falta de todo tipo de libertades.

“No se disfruta allí de ninguna libertad (...) —asevera—, en fin, el más bello y encantador país del universo, es ciertamente el último que un hombre libre quisiera habitar”<sup>51</sup>.

Agrega, también, el excesivo número de religiosos, su inmoderado afán proselitista, sus normas drásticas y extravagantes, y su influencia preponderante en la sociedad. “Si ese celo hubiese sido iluminado con un poco de filosofía —afirma evidenciando una vez más su categórica adhesión al ideario de la Ilustración—, sin duda sería el sistema más apropiado para asegurar la conquista de los españoles, y hacer que este establecimiento rindiera utilidad a la metrópoli; pero sólo se piensa en hacer cristianos, jamás ciudadanos”<sup>52</sup>.

Resume sus críticas, finalmente, en esta tajante y severa declaración: “Creo que sería difícil a la sociedad más desprovista de luces, imaginar un sistema de gobierno más absurdo que el que rige estas colonias desde hace dos siglos”<sup>53</sup>.

El 9 de abril la *Boussole* y la *Astrolabe* se hicieron a la vela, después de una visita de despedida de sus comandantes al Gobernador.

Rumbo norte, penetran a fines de mayo en el mar del Japón, mar hasta entonces muy poco conocido por los europeos.

En los dos meses siguientes, los navíos recorren las costas de Tartaria —aproximadamente entre las latitudes 42 y 52 norte—, descendiendo luego hacia el sur a lo largo del prolongado litoral de la isla Sakhalina, situada frente a esa costa.

El extenso recorrido fue acompañado de minuciosas observaciones geográficas y examen de las modalidades de vida de los pueblos encontrados en el trayecto. Tales parajes —pertenecientes hoy a la Unión Soviética—

<sup>49</sup>Ibid. pág. 346.

<sup>50</sup>Ibid. pág. 349.

<sup>51</sup>Ibid. pág. 349.

<sup>52</sup>Ibid. pág. 348.

<sup>53</sup>Ibid. pág. 349.



Último croquis dibujado por Duché de Vancy el 14 de julio de 1787 en Bahía de Langle. Lapérouse es el personaje de la derecha, identificado por la Cruz de San Luis.

eran visitados y estudiados por primera vez por europeos; en consecuencia, esta fase de la misión exploradora tiene tanta importancia como el reconocimiento de la costa alaskeña-canadiense a la que ya nos hemos referido.

El 10 de agosto, sorprendidos y entusiasmados, los navegantes descubrieron la entrada de un estrecho que les permitía salir al Pacífico, sin necesidad de descender más hacia el sur. Es el estrecho que se ubica entre la isla japonesa de Hokkaido —entonces Yeso— y Sakhalina, estrecho al cual llamaron Lapérouse, nombre que actualmente conserva.

Saliendo de él, atravesaron el archipiélago de las Kuriles, y enfilaron rumbo a la península de Kamchatka, arribando el 7 de septiembre a la pequeña localidad rusa de San Pedro y San Pablo —Petropavlovck— en el fondo de la espléndida bahía de Avatcha.

Se encontraban así, en los confines del Asia, y en el lugar poblado más distante del inmenso imperio ruso.

Las autoridades rusas acogieron a los visitantes con variadas manifestaciones de aprecio y cortesía. Como de costumbre, Lapérouse aprovechó la escala para efectuar observaciones sobre la situación, características y peculiaridades del país. Entre otras cosas señala:

"La religión griega ha sido establecida (...) sin persecución, sin violencia (...). El rito griego permite a los sacerdotes casarse, de donde se puede concluir que los curas tienen por ello mejores costumbres"<sup>54</sup>.

He aquí, por lo tanto, un cuadro muy distinto de aquel que el insigne navegante trazara respecto a los clérigos de Filipinas y de Chile.

En San Pedro y San Pablo desembarcó el intérprete de ruso Juan Bautista de Lesseps, emprendiendo un desmesurado viaje terrestre de más de un año de duración a través de Siberia, Rusia y Europa del norte hasta Versailles.

Llevaba el diario completo y los informes científicos de la expedición.

El 29 de septiembre de 1787, la *Boussole* y la *Astrolabe* abandonaban Kamchatka, en dirección al sur.

Una larguísima etapa se inicia entonces —más de dos meses, siguiendo aproximadamente el meridiano 175 oeste— con sucesivos cambios de frío y lluvias heladas; luego calor sofocante, humedad excesiva. El 21 de noviembre franquean por tercera vez desde su salida de Brest, la línea ecuatorial. Y luego, zona de calmas. Más adelante, mar agitado. Nada rompe el monótono desfile de los días, el majestuoso movimiento del océano, colosal y aplastante soledad de agua y cielo.

Velas y cordajes están deteriorados, y se rompen continuamente. Recla-

<sup>54</sup>*Voyage de Lapérouse...*, t. III, págs. 151-152.

man una vigilancia constante y un trabajo extremo. Las tripulaciones muy fatigadas. Es la fase más ardua de toda la navegación.

No ven tierra hasta el 6 de diciembre. Se trata de una de las islas del archipiélago de los Navegantes, bautizado con ese nombre por Bougainville. Hoy se llaman Samoa. Es una isla de pobre aspecto; por eso Lapérouse se dirige hacia una tierra vecina más importante: Mauna (Tutuila). Bella y atractiva isla: poblados numerosos, cultivos, hermosas playas, cascadas, majestuosos cocoteros. En suma, lo tiene todo para agradar, salvo un hecho que provoca cierta inquietud: los nativos se muestran agresivos, feroces, traicioneros.

No obstante, cargan agua y efectúan los habituales intercambios.

Una vez concluidas estas faenas, Lapérouse se dispone a levar anclas; Langle, sin embargo, insiste en embarcar una mayor provisión de agua. Se habían presentado algunos síntomas de escorbuto, y, en esas circunstancias, el uso de agua fresca —a juicio del comandante Langle— era necesario y muy recomendable.

Lapérouse, con un “secreto presentimiento”<sup>55</sup>, se opuso en un principio a consentir tal operación haciendo presente la turbulencia de los nativos. No obstante, terminó por ceder ante la cerrada obstinación del oficial, a quien mucho apreciaba.

El desembarco se efectuó al día siguiente, bajo la protección de una pequeña escolta armada, en medio de decenas de piraguas y centenares de indígenas. Repentinamente los franceses fueron atacados a pedradas. Si en ese momento Langle hubiese ordenado disparar, la situación habría podido ser superada, “pero —escribe Lapérouse en su narración— se halagaba de contenerlos sin efusión de sangre, y fue víctima de su humanidad”<sup>56</sup>.

En lugar de disparar, dio orden a los suyos de reembarcar, lo que no tuvo otro efecto que envalentonar más a los insulares. Fue alcanzado por los proyectiles; cayó, y acto seguido, más de doscientos nativos se abalanzaron sobre él, destrozándolo a golpes de maza y piedras. Aquello fue el comienzo de una masacre despiadada, histérica, frenética. Y absolutamente incomprendible.

Junto a Langle fue muerto también el físico y naturalista Lamanon y diez tripulantes más. Todo esto sin contar los numerosos heridos (11 de diciembre 1787).

“Perdía un viejo amigo —escribiría luego Lapérouse— hombre inteli-

<sup>55</sup>Ibid. pág. 194.

<sup>56</sup>Ibid. pág. 198.

gente, de conocimientos, y uno de los mejores oficiales de la Marina francesa. Su humanitarismo causó su muerte<sup>57</sup>.

Tal fue el elogio fúnebre al vizconde de Langle, comandante de la *Astrolabe*.

¿Represalias? Ninguna. La voz de su conciencia —además de las instrucciones recibidas— retuvieron a Lapérouse en su inicial impulso de castigar a los agresores; escarmiento que por lo indiscriminado de su aplicación, había significado la muerte de muchos inocentes.

Abandonada Mauna (Tutuila) —la isla del drama—, la expedición avistó luego otras islas del grupo de las Samoa, enfilando posteriormente al archipiélago de los Amigos (Tonga), donde obtuvieron algunos víveres, aunque no en la cantidad que necesitaban.

Tal circunstancia obligó a Lapérouse a dirigirse a Australia, navegando por una ruta jamás recorrida antes. El escorbuto comenzaba a aparecer, y la tripulación daba signos de debilidad.

El 26 de enero de 1788, por fin, avistan Botany Bay —en la costa este australiana—, constatando allí, con gran sorpresa, la presencia de una escuadra británica. Comandaba dicha flota el comodoro Phillip, quien en esos días se trasladaba a una bahía más amplia y segura situada un poco más al norte (Port Jackson). Su misión era fundar en ese lugar, con los elementos que transportaba, una colonia penitenciaria. Tal fue el primer establecimiento europeo fundado en Australia, precario poblado convertido hoy en la gran ciudad de Sydney.

Un mes y medio permaneció Lapérouse en Botany Bay, tiempo empleado en restablecer la salud de la tripulación, construir chalupas, carenar los navíos, y reparar velas y cordajes.

Este inesperado encuentro con los ingleses tiene una importancia extraordinaria, en lo que dice relación al conocimiento de la fase final del prolongadísimo viaje de Lapérouse.

En efecto, el ilustre navegante aprovechó esta afortunada ocasión para confiar a los jefes británicos sus últimas notas e informes y su última carta. Esta lleva fecha 7 de febrero de 1788, y va dirigida al mariscal de Castries, ministro de Marina. Su significación es considerable, pues en ella Lapérouse —ciñéndose a las instrucciones recibidas— expone su plan de navegación a partir de Botany Bay.

Consultaba dicho plan los siguientes puntos básicos: islas de los Amigos (Tonga), Nueva Caledonia, islas Santa Cruz, las Luisiadas, estrecho entre Nueva Guinea y Nueva Holanda (Australia), costas australianas del

<sup>57</sup>Ibíd. pág. 201.

norte, occidente y sur. "Pero lo haré —especifica Lapérouse— de modo que me sea posible remontar hacia el norte lo bastante pronto para llegar a la isla de Francia a comienzos de diciembre de 1788"<sup>58</sup>.

Sin embargo, a partir de Botany Bay —zarpa con fecha 10 de marzo de 1788— la huella de Lapérouse se pierde totalmente. Un espeso manto de misterio cae inopinadamente sobre la expedición. Ningún testimonio llega de ella. Ninguna noticia. Ni el más leve indicio. Y esto durante largos años. Buques y tripulantes parecían haberse esfumado de la manera más extraña e inexplicable.

El año 1791, la Asamblea Nacional resuelve el envío de una misión —dos navíos— en busca de los desaparecidos. Su dirección y organización es encomendada a un oficial de gran prestigio: Raymond de Bruni, caballero de Entrecasteaux.

Entrecasteaux exploró detenidamente las costas australianas, Nueva Caledonia, las Tonga, las Nuevas Hébridas. En ruta hacia las islas Santa Cruz —fines de mayo de 1793— divisan de lejos una isla desconocida, a la que bautiza Recherche.

El destino tiene ironías muy crueles: esa isla donde Entrecasteaux no desembarca, pero que anota en su mapa, era —se sabrá años después— Vanikoro, el lugar de la tragedia final de los buques de Lapérouse<sup>59</sup>.

Pasan los años. En 1827, el marino inglés Peter Dillon encuentra en Vanikoro objetos diversos pertenecientes a la perdida expedición.

Tales testimonios, los informes de Dillon y las indicaciones de los indígenas, servirán luego —1828— al gran navegante francés Dumont d'Urville para localizar el sitio del naufragio, lugar de donde extrajo un ancla y un par de cañones.

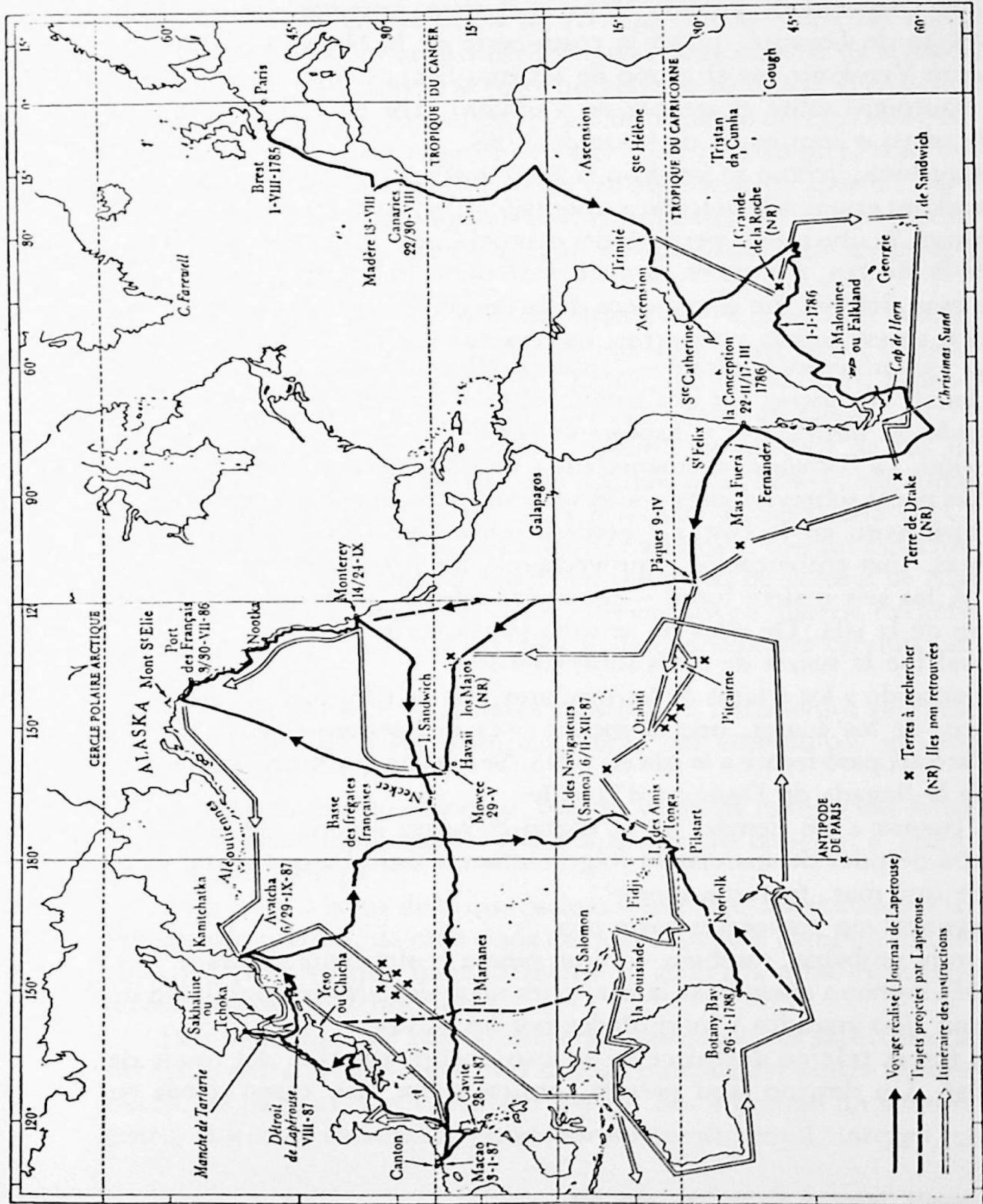
Pertenecían al *Astrolabe*.

En cuanto a los restos de la *Boussole*, sólo fueron encontrados 136 años después —1964— cerca del sitio del hundimiento de la *Astrolabe*, en la barrera de arrecifes que circunda la isla<sup>60</sup>.

<sup>58</sup>Cit. por: Maurice de Brossard: *Lapérouse. Des combats à la découverte*. Ed. France - Empire, Paris, 1978, pág. 560.

<sup>59</sup>La misión en referencia tuvo un fin desafortunado. El contralmirante Entrecasteaux —atacado de escorbuto— falleció en el mar el 20 de julio siguiente. Las fragatas enfilaron luego hacia las islas de la Sonda donde fueron internadas; había estallado la guerra entre la República Francesa y Holanda.

<sup>60</sup>El hallazgo se debió a los esfuerzos de un buceador neozelandés —Reece Discombe— residente en Port Vila, en las Nuevas Hébridas; tarea completada luego por una expedición de la Marina francesa.



Claramente se observa en este mapa la trayectoria del viaje de Lapérouse alrededor del mundo, con sus fechas de escala: desde su partida de Brest hasta Botany Bay y finalmente a Vanikoro donde naufragó y se perdió para siempre.

La ubicación del lugar del desastre y los testimonios de los insulares han permitido reconstruir la última ruta de Lapérouse.

Esta, muy probablemente, debe haber sido la siguiente: Botany Bay, isla Tonga (Anamuka), paralelo 20 hacia el oeste, muy verosímilmente el archipiélago de Loyauté, luego la costa oeste de la Nueva Caledonia y, finalmente Vanikoro, en el grupo de las islas Santa Cruz.

El naufragio sobre el arrecife de Vanikoro debe haberse producido a fines de mayo o comienzos de junio de 1788.

Ahora bien, ¿cómo se produjo la catástrofe?

Vanikoro es una isla volcánica, montañosa, selvática, y de clima tropical lluvioso. Se ubica en la periferia del mar del Coral; zona de ciclones que a menudo la afectan, a veces en forma devastadora. Pues bien, precisamente uno de esos ciclones fue el causante de la desgracia. Los relatos indígenas coinciden en ese punto y en otros, del drama ocurrido entonces.

Un violentísimo huracán —“arrancaba los árboles”, según los nativos— lanzó, de noche, los dos navíos sobre el arrecife. La *Boussole* quedó destrozada de inmediato; y Lapérouse pereció al mismo tiempo que su tripulación. La *Astrolabe*, desmantelada y averiada irremediablemente, encalló. Los pocos sobrevivientes —una veintena más o menos— establecieron un campamento en la costa, y procedieron a construir, en las semanas siguientes, una embarcación, aprovechando los materiales del destruido navío. A las seis o siete lunas —según las referencias de los naturales— zarparon de la isla. De ellos no se tuvo jamás noticia.

¿Cuál fue la suerte de estos sobrevivientes?

De acuerdo a los relatos de los insulares, dos de ellos fueron dejados en Vanikoro; de los cuales, uno al menos —es casi seguro— vivía cuando Entrecasteaux pasó frente a la isla en 1793. Se supone que murió pocos años antes de la llegada de Dumont d'Urville.

En cuanto a los demás, no se encontró rastro alguno. ¿A dónde se dirigieron después de aparejar su frágil embarcación? ¿En qué costa, en el fondo de qué mar, fueron a morir?

Preguntas sin respuestas hasta hoy.

Es muy probable, también —como piensa el almirante Brossard<sup>61</sup>—, que jamás lograran abandonar la isla, pues no se descarta la posibilidad de que hayan sido atacados y aniquilados por los salvajes.

Tal fue el trágico desenlace de la apasionante aventura del conde de Lapérouse. Un destino fatal parecía cernirse sobre ella, como queda en

<sup>61</sup>Brossard, Maurice de: ob. cit. pág. 607.

evidencia, al recordar los tristes acontecimientos de Puerto de los Franceses, y la masacre de Langle y de sus compañeros en las Samoa.

No obstante, ese destino ominoso no alcanzó a obnubilar la gloria de su empresa ingente. Gloria hecha de variadas facetas, entre las que destaca, obviamente, su importante contribución al conocimiento de la superficie de la tierra. La exploración de la costa noroeste de América, el reconocimiento del litoral de Siberia y Sakhalina, el descubrimiento del estrecho que lleva su nombre, la eliminación cartográfica de islas inexistentes, son, en rápida síntesis, los hitos más relevantes de ese significativo aporte. Tales logros complementan los sensacionales descubrimientos del célebre Cook, y convierten a Lapérouse en el más insigne navegante del siglo XVIII, después de aquél.

Pero hay algo más todavía. Es imposible —a la hora de valorar la obra de este eminente viajero— dejar de referirnos a sus notas, comentarios y reflexiones, ordenadas, redactadas y publicadas por M. L. A. Milet-Mureau en 1797, con el título *Voyage de Lapérouse autour du monde*.

Sorprende el acierto, lucidez y talento de muchos de sus juicios y observaciones. Así —para citar sólo algunos nada más—, sus comentarios sobre el régimen de comercio y la actividad agropecuaria en Chile; la original organización de las misiones de California, con sus aspectos positivos y negativos; el primitivismo de los indígenas de la costa de Alaska; las aberraciones del sistema económico y los excesos en materia religiosa de los españoles en Filipinas; las extrañas y desconcertantes ceremonias de los naturales de Samoa.

La mayor parte de estas notas constituyen testimonios valiosos, ya sea desde el punto de vista histórico, como del económico, sociológico, o antropológico.

Dice Lapérouse en el *Voyage*, que los viajes de navegación de su época tenían por finalidad aumentar el conocimiento de la tierra, y “completar la historia del hombre”<sup>62</sup>.

Pues bien, a la luz de lo que podemos leer en el apasionante relato de su prolongado periplo, no cabe duda de que Lapérouse cumplió con creces ese objetivo; objetivo que unánimemente se asignaba a las exploraciones en mares lejanos y desconocidos.

Pero al margen de estas consideraciones hay otros aspectos que aun es necesario destacar. Me refiero a la calidad humana del ilustre navegante. En efecto, las páginas cautivantes del *Voyage* nos muestran un hombre inteligente, valeroso, mesurado, pudentoroso, sentimental, íntegro, pleno de

<sup>62</sup>*Voyage de Lapérouse...*, t. II, pág. 124.



*Medalla acuñada para celebrar la partida del histórico viaje alrededor del mundo, de Lapérouse y Fleuriot de Langle.*

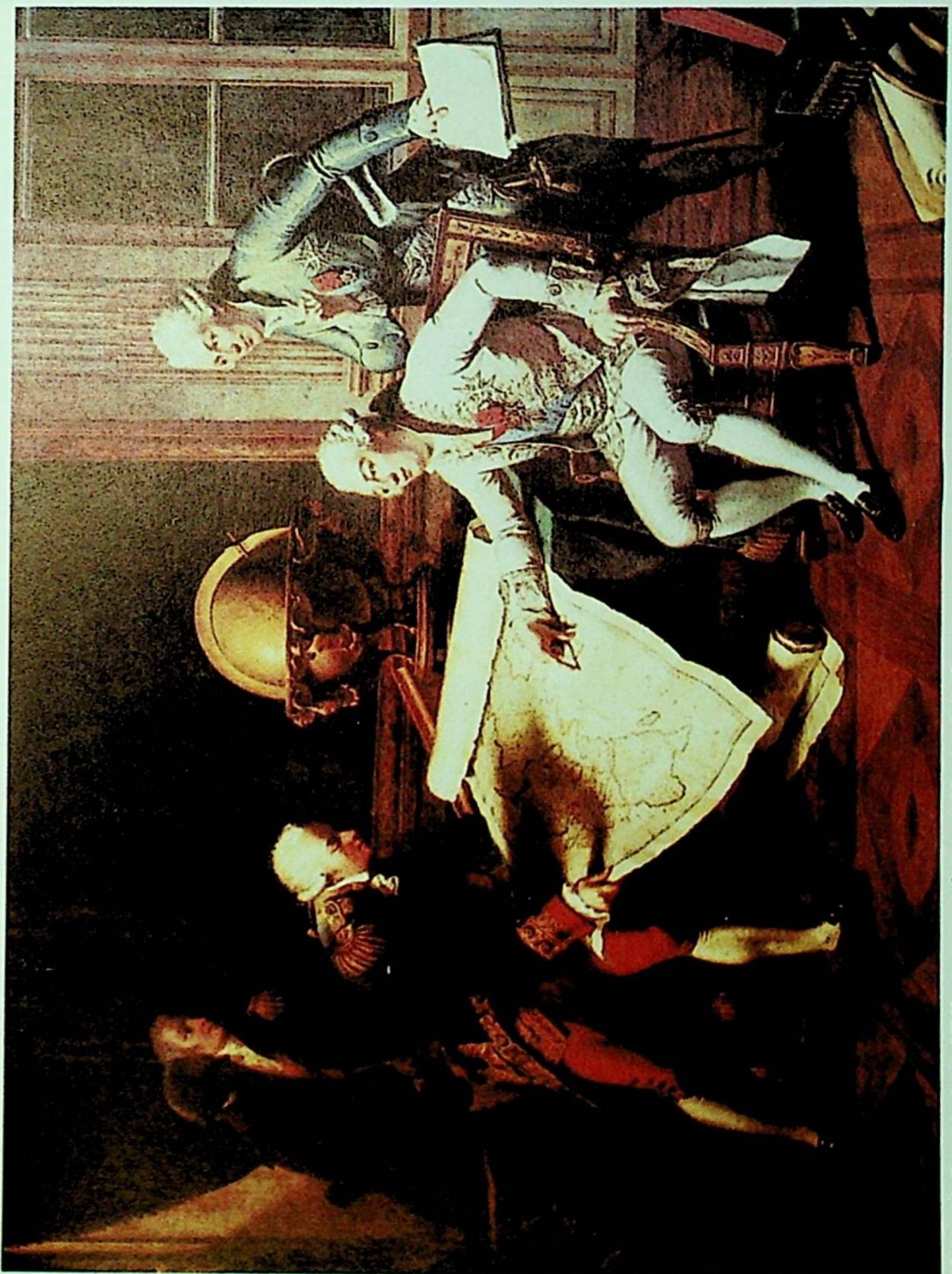
bondad, comprensión e indulgencia, adicto a las nuevas ideas de su siglo, y con un alto sentido del honor y la grandeza de su patria. En suma, es el hombre que se niega a tomar posesión, en nombre de unas baterías de cañones, de una isla perdida en el Pacífico; y el que no quiso vengar en inocentes la matanza atroz de sus mejores compañeros.

Tengo a la vista un retrato del infortunado marino. Si el rostro es el espejo del alma —como corrientemente se afirma—, el de Lapérouse refleja, sin necesidad de examinar mucho, un alma que despierta espontánea simpatía, justamente por esas cualidades de bondad y rectitud a las que hemos hecho referencia.

Superior la personalidad del conde Lapérouse. Ejemplar y estimulante su vida tan llena de peripecias. Extraordinaria la hazaña que realizó. Fecundo su aporte a la ciencia.

A doscientos años de su última y mayor proeza, es grato recordarlo, porque el hacerlo emociona, incita, inspira.

Auténtico hijo de un siglo brillante, hijo de la Francia eterna, su memoria persistirá, en virtud de sus depurados méritos, su tenacidad admirable y la trascendencia y valía de su contribución al conocimiento humano.



El Rey de Francia Luis XVI, acompañado por el Mariscal de Castries, Ministro de Marina, da instrucciones a Lapérouse para su viaje alrededor del mundo, el 29 de junio de 1785. (Cuadro de Nicolas Monsiau).



A tres kilómetros de Albi, en el lugar denominado Gô, se encuentra la casa solariega donde el 23 de agosto de 1741 nació Jean François de Galaup de Lapérouse. Se le conoce como el Manoir de Gô o, también, el Châteaux de Lapérouse.



Esta placa recuerda que aquí vivió Lapérouse. El ilustre marino compró esta casa en Albi para instalarse con su esposa 'Leonie', ubicada en la calle Ecole-Mage, hoy Toulouse-Lautrec. El acta de compra de la propiedad, vecina a la casa natal del también insigne pintor, tiene fecha 29 de mayo de 1780.



*Imponente monumento en bronce del marino, en la Plaza Lapérouse, en Albi.*



*Efigies del conde de Lapérouse y de su esposa Eléonore, ambas de tamaño natural, que se exhiben en el Museo de Cera de la Vieja Albi, ubicado en una de las estrechas calles de la parte más antigua de la ciudad.*



*Esta ancla ubicada al pie del monumento a Lapérouse es mudo testigo del naufragio de las naves en Vanikoro. Fue descubierta y llevada a Francia por el capitán Dumont d'Urville en 1828.*



Retrato de Jean François de Lapérouse, al lado del de su esposa.



Retrato de Eléonore Broudou-Lapérouse, en el salón de la casa donde nació el navegante.



Señora María Cristina Docros, una de las descendientes de Lapérouse, en el salón de la casa natal del célebre marino. Con su marido, Yves Pestel, vive en el Château de Gô que, con los terrenos aledaños, fue adquirido en 1613 por Claude de Galaup y ha pertenecido ininterrumpidamente a la familia.

(Todas estas fotografías fueron tomadas en Albi por el periodista chileno-francés, Lautaro Alvial Westerling, residente en Toulouse, Francia).



Mapa original trazado por los geógrafos de la expedición de Lapérouse, durante su permanencia en Concepción. Este documento es propiedad del historiador Antonio Fernández Vilches, Director de la Pinacoteca de la Casa del Arte de la Universidad de Concepción. Puede observarse el curso del río Biobío que en esa época (1786) desembocababa por dos brazos separados por una isla que ha desaparecido a causa de los embancamientos producidos a través de dos siglos. Asimismo, la isla La Mochita, que debería estar frente al barrio Pedro de Valdivia, también ha desaparecido por efecto del mismo fenómeno. La carta geográfica de la bahía de Concepción es de gran exactitud.